

SERGIO SARRIA

# CUANDO NADIE

NOS VE



  
ESPASA

SERGIO SARRIA  
CUANDO NADIE NOS VE



ESPASA  NARRATIVA

© Sergio Sarria, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.827-2019  
ISBN: 978-84-670-5518-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Black Print

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ÍNDICE

VÍSPERAS: VIERNES DE DOLORES .....	11
CAPÍTULO 1: SÁBADO DE PASIÓN .....	17
CAPÍTULO 2: DOMINGO DE RAMOS .....	31
CAPÍTULO 3: LUNES SANTO .....	83
CAPÍTULO 4: MARTES SANTO .....	129
CAPÍTULO 5: MIÉRCOLES SANTO .....	165
CAPÍTULO 6: JUEVES SANTO .....	223
CAPÍTULO 7: VIERNES SANTO .....	269
CAPÍTULO 8: SÁBADO DE GLORIA .....	327
CAPÍTULO 9: DOMINGO DE RESURRECCIÓN .....	373
UN APUNTE SOBRE LA SEMANA SANTA.....	431

# CAPÍTULO 1

## SÁBADO DE PASIÓN

«¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en la tentación».

SAN LUCAS, 22: 46

La mañana del sábado no prometía ser mejor. Al menos eso pensó Lucía Gutiérrez cuando la lluvia le encrespó el pelo hasta darle un aspecto ridículo.

Para colmo, no había pegado ojo en toda la noche, tenía dolor de cabeza y acababa de discutir con su hija. Del uno al diez, el sábado se agitaba emocionalmente en su cerebro con una energía de 9,5 grados en la escala de Richter. Se podría decir que aquella mañana, antes de que el viento le rompiera un par de varillas del paraguas y la lluvia hiciera diabluras con su cabellera, ya había salido de casa con un humor de perros.

Pero, para ser honestos, eso era algo bastante habitual en ella, lloviera o hiciera sol. Después de pisar una baldosa hueca que la salpicó de barro hasta la rodilla, Lucía se dio cuenta de que necesitaba volver a la cama, cubrirse con el edredón hasta la cabeza y odiar desde la trinchera de su colchón al resto de la humanidad. O tal vez su cuerpo le pedía un cóctel a base de paracetamol e ibuprofeno. O simplemente un abrazo. Lo que tenía claro que no necesitaba era echar horas extras en pleno fin de semana.

—Antes de que digas nada, ya sé que tengo el pelo como si lo hubiera metido en una centrifugadora. Odio la lluvia. Me mudé al sur para huir de esta puta humedad —dijo Lucía, malhumorada, sacudiendo el paraguas quebrado al entrar en la sala de reuniones.

La habitación presentaba un aspecto añejo y descuidado, como si la hubieran decorado con mobiliario cedido por un

centro de drogodependientes. Tanto las sillas como la mesa principal eran anticuadas y tenían ostensibles desperfectos. El desfase de la estancia estaba coronado por un retrato anacrónico del rey Juan Carlos I con apenas cuarenta años y abundante pelo. Cada vez que Lucía traspasaba aquella puerta, tenía la sensación de viajar atrás en el tiempo.

—Es llegar Semana Santa y abrirse el cielo, mi sargento. Desde anoche no para de llover... Todos los años por estas fechas ocurre lo mismo —señaló Víctor Martín, distraído e hipnotizado por las gotas de lluvia que chocaban frenéticamente contra la ventana.

Aunque hablara del tiempo con la misma pasión que un agricultor, en realidad Víctor era cabo primero de la Guardia Civil y mano derecha de Lucía en aquel puesto de mando.

—Bueno... Mientras llueva, no tendremos que ocuparnos de las procesiones y de cortar el tráfico... —dijo la sargento después de colgar la gabardina en el perchero.

—Que la alcaldesa no la escuche alegrarse de eso. Ya tiene usted bastantes enemigos en el pueblo —respondió Víctor mientras continuaba con la vista fija en la ventana, atesorando en su retina aquella imagen tan inusual de un lluvioso día en Morón.

Aprovechando que él seguía ensimismado con la borrasca, Lucía se hizo una coleta y domó su rebelde melena. Cuando concluyó, se sentó en la mesa y tomó una carpeta azul.

—¿Es el informe toxicológico?

—Sí, mi sargento. Los dos jóvenes costaleros habían consumido drogas antes de perder la cabeza —se reincorporó finalmente el cabo, dejando visible que le faltaba parte del dedo anular de la mano derecha, una leve tara física que no le había impedido superar las pruebas de acceso a la Guardia Civil—. En el caso de Francisco Otero, éxtasis. El abuso de MDMA acompañado del sobreesfuerzo físico derivado de cargar con un paso le provocaron el tremendo golpe de calor y el desmayo, que a su vez le originó una fuerte contusión en el sincipucio... Ya sabe, algo más arriba de la frente —le aclaró

Víctor a la suboficial, al verla algo descolocada con el tecnicismo.

—Gracias por la explicación, cabo. No hay que dejar pasar ni una sola oportunidad de ser paternalista con una mujer, ¿verdad? —soltó Lucía con ironía al tiempo que buscaba un Gelocatil en su bolso.

—Lo siento, mi sargento, me pareció que...

—¿Tienes algo para la cabeza? —preguntó después de no encontrar nada que la ayudara a mitigar la migraña.

—No, no me gusta tomar medicamentos. Siempre he pensado que si abuso ahora de ellos, cuando los necesite de verdad con setenta años no me van a hacer efecto. Me apaño con baños de vapor, ejercicio, meditación y cosas así...

—Machista y homeópata, doy gracias a la vida por haberte puesto en mi camino —vapuleó de nuevo Lucía al cabo. Al darse cuenta de que se estaba extralimitando, optó por pisar el freno—. Perdona... Me está matando el dolor de cabeza y lo estoy pagando contigo. Me cuesta un poco leer —se justificó, dejando sobre la mesa el informe—. ¿Qué le ocurrió al otro costalero?

—Salvador López —respondió Víctor mientras intentaba recomponerse de las continuas burlas de la sargento—. Según he podido ver, se excedió con el consumo de ketamina, que en dosis altas, como parece que fue su caso, puede ocasionar delirios y alucinaciones, así como la pérdida de la consciencia. Es difícil saber qué pasaba por la mente del chico cuando decidió derretirse la córnea con la llama de un cirio, pero seguro que, tras perder la visión del ojo izquierdo, la próxima vez que quiera consumir ketamina se lo pensará dos veces.

—¿Y para esto me hacen madrugar un sábado? ¡Si no es más que una gamberrada! Una mera coincidencia de decisiones desafortunadas. Chavales de pueblo aburridos que en algún momento del fin de semana confundieron la Pasión con la *rave* de Cristo.

—No es lo que piensan la alcaldesa y el presidente de la Asociación de Cofradías, mi sargento. ¿Los hago pasar ya?

—¡Espera! Déjame antes ir al baño a echarme agua fría en la cara. Necesito despejarme.

\* \* \*

El ensordecedor ruido del motor del F-18 obligó al capitán Douglas J. Hoopen a apartar el paraguas un instante y mirar al cielo. De un simple vistazo, reconoció que el avión pertenecía al escuadrón 496 ABS del Ejército del Aire de los Estados Unidos.

El cazabombardero estaba a punto de aterrizar en la base de Morón de la Frontera después de efectuar un ejercicio práctico de rutina. El tránsito de este tipo de cazas era habitual en el municipio desde que el ejército americano se estableciera allí en 1963.

Aunque en apariencia fuera un pueblo típicamente andaluz de casas encaladas, olivos y ritmo pausado, Morón contaba con una de las bases aéreas más grandes de Europa.

La pista de despegue soportaba alrededor de seis mil vuelos militares al año, y su uso había sido clave durante la invasión de Irak de 2003. Tanto que hasta siete mil militares pasaron por esta pista en aquel entonces. En cualquier otra ocasión, Hoopen se hubiera quedado allí contemplando la belleza del F-18 aterrizando y rompiendo con su vientre de ballena la cortina de lluvia. Sin embargo, aquella mañana tenía un asunto importante que resolver, por lo que tuvo que renunciar a uno de sus mayores placeres.

Antes de que el avión tomara tierra, el oficial americano ya había cerrado el paraguas y llegado a su destino, el pabellón Eisenhower.

—No me pases llamadas en toda la mañana —le dijo en inglés, más serio de lo habitual, a su secretaria.

Y, sin darle la oportunidad de réplica, traspasó el umbral de su despacho.

Con cara de preocupación, dejó caer en el suelo su maletín de trabajo y abrió las persianas. La luz mostró una estancia plagada de diplomas y maquetas de aviones del ejército ame-



ricano; bombarderos B-52, drones y réplicas de cazas de la Segunda Guerra Mundial. Podría haberse tratado de la habitación de un quinceañero empollón con acné, pero en realidad pertenecía al capitán de la base, el hombre con más poder de aquella descomunal instalación militar.

Con cuidado, colgó la chaqueta azul en el perchero y se dejó caer en un sillón de cuero rojo. Acto seguido, tomó el teléfono y marcó un número de memoria.

—Montes, quiero cerrar mi cuenta inmediatamente y que me devuelva el dinero en un maletín —advirtió rotundo el oficial americano en cuanto escuchó que descolgaban al otro lado del aparato.

—¡Buenos días, capitán! Me temo que hasta el lunes no podrá ser —contestó Silvano Montes mientras hacía gestos de silencio a sus dos hijos, que en ese mismo momento discutían con la madre para bajar a la playa pese a estar lloviendo.

—Y yo me temo que, si no lo hace ahora, tal vez no sea el único militar de la base que cierre su cuenta en Unicaja.

—Capitán, le pido un poco de comprensión. Estoy con mi familia en la playa. Hemos venido a pasar el fin de semana al apartamento que tenemos en Matalascañas. Además, de sobra sabe cuál es el horario de oficina en España. Los bancos cierran los sábados y domingos —se defendió el empleado de banca, escabulléndose hasta el rincón más íntimo del apartamento, donde no lo escucharan ni los niños ni su mujer.

—Montes, no suelo pedir las cosas dos veces. Ya ha oído lo que quiero. Me trae sin cuidado lo que esté haciendo. Si sabe lo que le conviene, atenderá mi petición.

—Perdone, ¿puedo preguntarle a qué se debe tanta prisa? ¿Por qué no puede esperar al lunes?

—No recuerdo que me hiciera tantas preguntas cuando decidí domiciliar mi nómina en su banco. Tiene hasta las doce de la noche. Superado ese plazo, aténgase a las consecuencias.

—Pero... no puedo hacer esa operación desde la playa. ¡Tendría que volver a Morón!

—Pues entonces ya sabe lo que tiene que hacer. A medianoche recibirá una llamada mía para concretar lugar y hora donde recoger el maletín. Que tenga un buen día —dijo Hoopen, y colgó el teléfono.

Algo más relajado que cuando había entrado en el despacho, el capitán se levantó del sillón y se acercó hasta la ventana. Desde allí pudo contemplar cómo despegaba un gigantesco C-5 Galaxy con destino a la base alemana de Ramstein.

El morro plateado atravesaba el fuerte chaparrón como un cuchillo caliente la mantequilla. La maniobra era de una estética soberbia, tanto que el oficial no pudo contenerse. «*Nice, really nice*», dijo entusiasmado cuando el avión terminó de elevarse, como si la incómoda conversación con Montes jamás hubiera tenido lugar.

\* \* \*

Lucía entró en el baño y abrió el grifo del lavabo. Al igual que la sala de reuniones, el aseo era bastante sobrio, dejando a las claras que en aquel edificio primaba la funcionalidad sobre el diseño. Antes de extender las manos para recoger el agua, se miró en el espejo. Su rostro reflejaba a una mujer de mediana edad cansada, sin tiempo para comprarse cremas antiedad, untarse mascarillas hidratantes por la cara, apuntarse al gimnasio o teñirse las canas.

La rutina del día a día lo engullía todo y no le dejaba tiempo ni para comprarse yogures con bífidos, té verde o cualquiera de aquellos inventos antioxidantes con los que los demás intentaban engañar a la muerte o detener el tiempo.

Cuarenta y dos años apuntaba su DNI; al menos cinco más insinuaban las bolsas que se desparramaban con pesadez sobre el contorno de sus ojos.

No era una mujer fea. De hecho, se intuía que tiempo atrás poseyó bastante atractivo y que todavía hoy lo mantenía de alguna manera. No obstante, el inevitable paso de los años le había generado algunos complejos e inseguridades. Su cara ya no era su cara. O sí lo era, pero menos. Tal vez se trataba

de un problema de reconocimiento. La persona que se reflejaba en el espejo se parecía a ella, pero no del todo. Algo así como cuando organizaba en el cuartel una rueda de reconocimiento con sospechosos. Todos guardaban algún parentesco con el retrato robot que había facilitado la víctima, pero ninguno terminaba de encajar. Se podía decir que, desde que abandonó la treintena, su silueta reflejada en el cristal con cuarenta, cuarenta y uno y cuarenta y dos años era como esas ruedas de reconocimiento: le recordaban a ella, pero ninguna encajaba en la imagen mental que tenía de sí misma.

Había una versión de ella con el gesto fatigado, otra con la piel flácida a la altura de los pómulos y otra con bolsas en los ojos. A veces se manifestaban de manera aislada y otras, como aquella mañana, todas a la vez. Dependía del espejo, de la luz y, sobre todo, de su humor. Sin embargo, aunque ella no fuera de la misma opinión, nada de eso le restaba *sex appeal*. Ni siquiera el uniforme, el pelo recogido con una tirante coleta o su mirada severa y desafiante.

Podría decirse que sus ojos no observaban, sino que escrutaban. Todo en ella apuntaba a una parentela más próxima a la de un ave rapaz que a la de un ser humano con ascendencia mediterránea. Como el halcón al que acaban de desprender de su capucha en unas jornadas de cetrería, Lucía inspeccionó irritada su rostro, una forma de mirar que había adquirido a lo largo de los últimos años al frente del puesto de mando de Morón y de treinta hombres deseosos de desautorizarla en cualquier circunstancia por el mero hecho de ser mujer.

Harta de ver su rostro más ajado de lo que le gustaría, acercó finalmente las manos hasta el grifo y se frotó la cara con agua fría, una y otra vez.

Puede que en un principio solo deseara despejarse y aliviar la migraña, pero, tras cinco minutos frente al espejo, quería otra cosa: volver a parecer joven y saludable, y que el desagüe se llevara consigo todos aquellos complejos.

Al cabo de unos segundos de masajes, consideró inútil hacerse un *lifting* facial con el agua de los aseos del cuartel de la

Guardia Civil. Aquello no iba a mejorar ni aunque la cañería estuviera conectada con el santuario de la Virgen de Lourdes. Desencantada, cerró el grifo, se secó las manos y la cara, y volvió a la sala de reuniones.

En cuanto abrió la puerta, observó a la alcaldesa y al presidente de la Agrupación de Cofradías, sentados en torno a la mesa. Víctor Martín seguía hablando con entusiasmo de la lluvia. Al contemplar la estampa, sonrió. Por mucho que cambiaran los tiempos, en pleno siglo XXI, el poder político, el religioso y las fuerzas del orden permanecían unidos en alegre francachela.

—¿Y bien? —La regidora interrumpió la perorata del cabo sobre climatología en cuanto vio a Lucía entrar en la sala.

—No le daría importancia a lo ocurrido, señora Torres. Como ya les habrá adelantado el cabo Martín, solo se trata de dos chicos que no calcularon bien las consecuencias del consumo de drogas —respondió Lucía, procurando tranquilizar los ánimos de los asistentes.

—¿Y eso no le parece grave? —replicó la alcaldesa de Morón.

—El cabo nos ha contado que los chicos sufrieron una sobredosis de ketamina y MDMA —añadió Hipólito Núñez, el presidente de la Agrupación de Cofradías—. Hasta esta mañana no sabía ni lo que era eso. Puede que en Madrid sea normal, pero, en Morón, lo más peligroso que le he visto hacer a un costalero es mezclar anís con el agua del botijo.

—Sinceramente, dudo de que algo así vuelva a ocurrir en una procesión. Considerémoslo un accidente —insistió Lucía, defendiendo su postura—. Si alguien en el pueblo tenía pensado hacer lo mismo estos días, habrá tomado nota de lo ocurrido.

—¿Puede asegurarnos al cien por cien que no volverá a ocurrir? —preguntó de nuevo, molesta, Ana Torres.

—Al cien por cien no podría asegurarle ni que mañana salga el sol.

—Eso pensaba... ¿Sabe? Resulta increíble que todavía no sepa lo importante que es la Semana Santa para nuestro mu-

nicipio y todo el dinero que se genera en torno a ella. Hemos tenido la suerte de que lo ocurrido no haya llegado a oídos de la prensa, pero no nos podemos exponer a que vuelva a suceder algo así. Le pido en nombre de todos los moronenses que se tome en serio su trabajo. No me interesan sus opiniones personales. Quiero un informe como Dios manda sobre la mesa, y entre rejas a quien esté vendiendo esa mierda a los costaleros. ¿Me he explicado con suficiente claridad, o necesita que vuelva a hablar con la Comandancia de Sevilla para quejarme de su falta de rigor profesional?

—No será necesario. Lo he entendido perfectamente.

—Me alegro. No hace falta que le recuerde el escaso afecto que le tienen los habitantes de este pueblo y lo poco que me costaría que la relevaran de su puesto.

—Por otro lado —intervino más calmado Hipólito Muñoz—, yo no descartaría que alguien esté tratando de que cunda el pánico en Semana Santa, como ya ocurrió en Sevilla en el año 2000. No sé si lo recuerda...

—En aquel entonces la sargento aún estaba destinada en Madrid —comentó Víctor Martín, intentando echarle un capote a su jefa, que estaba mordiéndose la lengua por encima de sus posibilidades—. El señor Núñez se refiere a lo que se denominó «la *madrugá* del pánico». Durante las procesiones de la madrugada del Jueves Santo, un grupo de personas echó a correr desesperado, sin rumbo fijo y sin ningún tipo de explicación. La estampida provocó el caos en seis puntos distintos del centro de la ciudad. La noche acabó con cincuenta y tres heridos, los enseres de las cofradías de la Esperanza de Triana, la Macarena o el Gran Poder, arrumbados en la calle, y la sensación de que la tragedia podría haber sido mayor. Aún se desconoce lo que ocurrió realmente, pero se sospecha que detrás de todo aquello pudo haber un grupo de jóvenes organizados que querían reventar una tradición popular con la que se sentían incómodos.

—Gracias de nuevo por su condescendencia, cabo. Es bueno saber que siempre hay un hombre al rescate —sentenció Lucía, pagando de nuevo su descontento con Víctor.

—La cuestión es que tanto en los hechos de 2000 como en los actuales parece existir un denominador común: chicos de menos de treinta años que han decidido dar una vuelta de tuerca a nuestras costumbres —argumentó el presidente de la Agrupación de Cofradías.

—Como bien ha dicho la alcaldesa, no es momento de dejarnos llevar por valoraciones personales —dijo Lucía, recogiendo las palabras de Ana Torres sin que nadie tuviera claro si le estaba dando la razón o simplemente lanzándole una puya—. Mientras el cabo se ocupa de realizar un informe sobre los hechos ocurridos el pasado viernes, el resto del equipo se encargará de reforzar desde mañana mismo la seguridad de todas y cada una de las procesiones. Prometo encargarme personalmente de averiguar si realmente hay o no algún tipo de fundamento en la hipótesis del señor Núñez.

—¿Puedo saber qué es lo que piensa hacer exactamente? —preguntó la jefa del Consistorio.

—No. El reglamento solo me permite revelar el contenido de las operaciones de la Guardia Civil al poder judicial —aclaró Lucía, desafiando a su interlocutora.

—Entiendo... —respondió la alcaldesa después de levantarse para abandonar la estancia. Antes de cruzar la puerta, se dirigió amenazante una última vez a Lucía—: Tenga cuidado, no le voy a pasar ni una más. ¿Me acompaña, señor Núñez?

Tras la fría salida de las que podrían calificarse como máximas autoridades de Morón de la Frontera, el cabo Víctor Martín se quedó un instante pensativo hasta que reunió el valor suficiente para encararse con su superiora.

—¿De verdad me va a poner a hacer un informe, mi sargento?

—Tienes razón. Es poca cosa para un hombre de tu valía. ¿Qué te parece si además te acercas a la farmacia y me traes dos toneladas de paracetamol antes de que me estalle la cabeza? ¿Te sigue pareciendo poco o te busco más tareas?

—A sus órdenes, mi sargento —replicó Víctor, cabizbajo, al tiempo que abandonaba la sala de reuniones.

Contrariada e incómoda por la migraña, Lucía entró de nuevo en el baño, esta vez con la intención de humedecer una toalla con agua fría. Cuando consideró que estaba lo suficientemente empapada, regresó a su despacho para colocársela en la cabeza y evadirse del mundo, al menos durante media hora.

Desgraciadamente, la paciencia no era una de sus mejores virtudes, y en apenas cinco minutos arrojó la toalla al suelo. Levemente mareada, se dirigió al vestíbulo del cuartel en busca de un agente al que usar de *punching ball*. Después de cruzar un área diáfana tan solo decorada con carteles informativos sobre la violencia de género pegados en la pared, encontró a su víctima propiciatoria. Apoyada en el mostrador de madera de recepción, una agente de unos veinte años atendía una llamada.

—María, deja lo que sea que estés haciendo y busca en internet todo lo que haya sobre «la *madrugá* del pánico».

—En seguida me pongo a ello, mi sargento. En cuanto termine de hablar por teléfono —respondió la joven.

—Ahora —sentenció Lucía, mientras le colgaba ella misma el teléfono.

\* \* \*

Los niños acababan de meter en sus mochilas el cubo y las palas para jugar en la playa cuando Silvano Montes tuvo que darles la mala noticia.

—Tenemos que volver a Morón...

—No seas *apretao*, Silvano, ¡mira el sol que hace ahora! Aún podemos aprovechar la playa esta tarde y mañana —protestó Noelia, su mujer, sin hacerle mucho caso, mientras empezaba a colocarse una gorra y a restregarse la protección solar por la cara.

Silvano se acercó a la ventana y miró al cielo. Efectivamente, la lluvia había parado y el sol buscaba su hueco en las alturas. Unos primeros buenos síntomas, más que suficientes para que los turistas se olvidaran del paraguas y se lanzaran

a la playa. Definitivamente, la mañana había mejorado y eso le ponía las cosas más difíciles a Silvano.

—Lo siento, ha surgido un problema de trabajo y tengo que ir a la oficina cuanto antes.

—¿Desde cuándo trabajas los sábados? —preguntó su mujer, extrañada.

—Es algo excepcional. Os prometo que volveremos para el puente de Semana Santa.

—Pero yo quiero ir ahora a la playa —contestó llorando Francisco, el más pequeño de sus hijos.

—Lo sé, campeón, pero papá tiene cosas que hacer. Si no lloras más, os dejo jugar a la Nintendo Switch esta tarde, ¿qué me dices?

—¿Al Mario Kart?

—A lo que queráis.

—Vale —dijo el pequeño, secándose las lágrimas y dejando caer la mochila con los juguetes de la playa.

El camino de regreso en el coche fue más tenso de lo esperado. Su mujer seguía sin comprender a qué venían tantas prisas y, después de varias discusiones, Silvano prefirió quedarse en silencio escuchando la radio antes que continuar elevando la voz y que sus hijos terminaran llorando.

Con el ambiente aún enrarecido, llegaron a Morón y, después de despedirse fríamente de Noelia y dejar el coche en el garaje, Silvano se dirigió a la oficina de Unicaja donde trabajaba. No tardó más de media hora en cerrar la cuenta bancaria de Douglas J. Hoopen y colocar todo el dinero, unos ciento ochenta mil euros, en un maletín negro. De hecho, casi le llevó más tiempo apagar las luces y cerrar las puertas de la sucursal que completar aquella simple tarea administrativa.

Una vez fuera, se vio sorprendido por un fuerte chaparrón. Aquel tiempo inestable era propio de primavera; no obstante, entre que ya había anochecido y que los ciudadanos de Morón no eran muy amigos de la lluvia, las calles del pueblo estaban desiertas.

«Lo que me faltaba», se dijo Silvano cuando a los pocos segundos el agua le había calado la ropa. Con inocencia, se



colocó el maletín encima de la cabeza para protegerse de la lluvia, y comenzó a andar algo más rápido de vuelta a casa. Si se daba prisa, los niños todavía estarían despiertos y podría jugar con ellos a la consola, pensó.

No había avanzado más que un par de pasos cuando algo llamó su atención. Los primeros acordes de *Paint it Black* de los Rolling Stones tronaban en los alrededores de la calle Cánovas del Castillo tan sombríamente como el lamento de una serpiente que se arrastra por el suelo malherida.

Aquella canción le resultaba familiar, pero no lograba recordar el título. Cuando se volvió para comprobar de dónde procedía la melodía, tan solo pudo ver un coche estacionado con los faros encendidos y el limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad. A decir verdad, la imagen era siniestra. Había aparecido de la nada con el mismo sigilo que un fantasma. La lluvia arreciaba con tanta fuerza que no consiguió distinguir quién estaba al volante, lo que le otorgaba a toda la escena un aire sobrenatural. Inquieto, quiso acercarse para ponerle rostro a su espectro, pero, en ese mismo momento, la música dejó de sonar. Sin las guitarras y la batería de los Stones bramando en la oscuridad, la tensión disminuyó, así que, restándole importancia a lo sucedido, siguió su camino cubriéndose del aguacero con el maletín. A los pocos minutos, los mismos acordes ruidosos volvieron a retumbar detrás de él. La voz de Mick Jagger lo acosaba a poca distancia, en lo que definitivamente se entendía como una suerte de persecución. Como ya hiciera la primera vez, se dio la vuelta intranquilo para ver de qué se trataba. A su espalda se encontraba el mismo coche de aspecto fantasmagórico.

Estaba estacionado junto a él con las luces encendidas y los limpias moviéndose de derecha a izquierda, sin permitirle distinguir a su ocupante. La inquietud de Silvano Montes se tornó en una especie de ataque de pánico.

Incapaz de verle el rostro, el empleado de banca aligeró el paso y agarró con fuerza el maletín, que dejó de utilizar como parapeto de la lluvia. Aunque no era dado a dramatizar, aquello no le daba buena espina. Los baldosines mojados le hacían

resbalar constantemente, pero no aminoró la marcha hasta que dejó de escuchar los acordes de *Paint it Black*.

Paradójicamente, el silencio de la noche era lo único que le procuraba tranquilidad. Cuanta más calma hubiera en la calle, más lejos estaría aquel misterioso coche de él. Confuso, echó una mirada atrás y respiró tranquilo. Parecía que la tierra se hubiera tragado al vehículo y a los Stones.

Pensando que se había dejado llevar por la paranoia, Silvano Montes se relajó y aflojó el ritmo de sus pasos. Desafortunadamente, antes de que llegara a la esquina de la calle Osuna, la inquietante melodía restalló por sorpresa a su espalda. Como un cuervo, el extraño vehículo esperaba pacientemente su turno en la oscuridad. Harto de la situación, el empleado de banca se acercó hasta el lúgubre automóvil y golpeó la ventanilla.

—¿Quién coño es usted? ¿Qué cojones está haciendo?  
—preguntó, armándose de valor.

Pero nadie contestó. En lugar de eso, la puerta del piloto se abrió violentamente, llevándose por delante a Silvano, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Del vehículo salió un hombre alto y atlético, pero antes de que pudiera verle el rostro o averiguar qué estaba pasando, recibió una fuerte patada en la cabeza.

—¡En este pueblo de mierda, me puedes considerar Dios! Si no quieres despertar mi ira, será mejor que no grites —le advirtió el desconocido.

Pero Silvano ya no pudo escucharlo; el golpe lo había dejado inconsciente.

Desvanecido, fue incapaz de darse cuenta de que aquel desconocido abría el maletero y lo introducía en el estrecho cubículo.

—Dulces sueños —dijo el extraño en inglés, después de cerrar el portón.

## CAPÍTULO 2

### DOMINGO DE RAMOS

«Así lo dicen las Escrituras: mataré al pastor  
y las ovejas se dispersarán».

MATEO, 26: 31

Aquel Domingo de Ramos la lluvia dio una tregua a los habitantes de Morón.

Tras un comienzo de mañana preocupante en el que las nubes y unas cuantas gotas hicieron temer lo peor, el viento acabó por desplazar la borrasca hacia el interior de la provincia.

En cuanto el último nubarrón desapareció, el hermano mayor hizo vibrar su campana y todos en la hermandad supieron que había llegado el momento.

—*Toooooos* por igual, valientes, vamos a llevarlo al cielo —gritó el capataz con sobreexcitación y una voz un tanto áspera, como si sus cuerdas vocales hubieran sido forjadas a fuego lento durante años con el alquitrán del tabaco negro.

Con aquella modesta indicación, el gentío que se había reunido en los alrededores de la iglesia de San Benito respiró definitivamente aliviado. Atrás quedaron los rezos y los llantos; el sol lucía radiante sobre un cielo azul superlativo. La cofradía de la Burríta estaba preparada al fin para realizar su desfile procesional por las calles de Morón de la Frontera.

No obstante, la tensión acumulada había sido tal que el sudor y las lágrimas del capataz abrían surcos en su pedestre cara de campesino.

De los 365 días que tenía el año, 364 los dedicaba a remover cincuenta hectáreas de tierra, a sufrir con los partidos del Betis y a beber con avidez todas las cañas de Cruzcampo que encontraba en el camino que lo separaba de la finca a su casa.

El Domingo de Ramos, sin embargo, dejaba atrás la placidez de la vida mundana y se transformaba en un trasunto de Santa Teresa de Jesús, capaz de entrar en éxtasis cada cinco minutos. Hay quien necesita de la oración para alcanzar el paroxismo religioso; a él le bastaba con echarse el pelo hacia atrás y fijarlo con gomina. Un sencillo gesto que lo ayudaba a mutar su cuerpo un día al año en una bomba atómica de fervor popular que no dudaba en inmolarse con cada indicación a su cuadrilla de veintinueve costaleros.

Con dos golpes secos y medidos de martillo, acompañados de un asertivo «vamos a meter riñones», el capataz consiguió que sus hombres se pusieran en posición y el pueblo entero enmudeciera.

En kilómetros solo se escuchó su voz de tinieblas.

—Señor, Tú que tienes la paz entre las manos, derrámala entre mis hermanos. ¡Al cielo con Él!

Ni las golondrinas, que observaban la escena desde los tejados, se atrevieron a gorjear y romper el respetuoso silencio.

Tras una breve pausa, dedicada a buscar el aire que le negaban sus maltrechos alveolos pulmonares, un tercer y último golpe de martillo obró el milagro y disparó hacia los aires el paso de Semana Santa.

—¡Cielo! —gritaron al unísono los veintinueve costaleros.

La imagen de Jesús sentado en la borriquita crujió y se tambaleó con la misma fuerza que si aquellos hombres de campo hubieran puesto en órbita un cohete espacial barroco.

Cuando los faroles dejaron de temblar después del microseísmo y Nuestro Padre Jesús de la Misericordia dominaba con sosiego el cielo de Morón, las campanas de la iglesia de San Benito repicaron, uniéndose a los acordes de la banda de cornetas y tambores, que interpretaba al mismo tiempo la Marcha Real.

Un toque de corneta cambió el compás y la procesión se organizó y estiró a lo largo de la calle. A la cabeza, un penitente sostenía ahora una enorme cruz de madera de casi dos metros de altura que abría paso a la hermandad a través del asfalto, para guiarla vadeando el laberinto de casas encala-

das y naranjos en flor. Lo seguía un grupo de niños vestidos con túnica blanca y faraona del mismo color.

En sus manos portaban unas pequeñas campanas de plata que agitaban sin cesar, creyendo que formaban parte de un divertido juego de adultos y no de un contundente acto de fe. Inmediatamente después, flanqueando la talla de Jesús de Nazaret, ciento cincuenta nazarenos con túnica blanca, botonadura y cingulo morado cardenalicio caminaban sosteniendo hojas de palma y ramas de olivo como ya hicieran tanto tiempo atrás los judíos a la entrada del Mesías en Jerusalén.

Sus caras estaban cubiertas por un antifaz blanco que se proyectaba por encima de sus cabezas a través de un capirote de cartón. Caminaban tapados de pies a cabeza, con un pudor antiguo, dejando tan solo visibles sus ojos.

Imponentes, regios y puros, los soldados de Dios desfilaron con sosiego. O, al menos, casi todos. Uno de ellos parecía más nervioso o incómodo que el resto. Le molestaba el capirote, cuyos bordes se le clavaban en la frente. Aunque se lo ajustaba una y otra vez para evitar la fricción, el cartón siempre encontraba el camino para marcar su piel.

Por si fuera poco, el calor empezaba a ser asfixiante y el sudor le irritaba todavía más la herida. El escrupuloso silencio de los demás nazarenos contrastaba con las continuas blasfemias que se deslizaban debajo de su antifaz.

Por mucho que quisiera ir de incógnito y conocer qué demonios estaba ocurriendo con las procesiones de Morón, la personalidad de Lucía Gutiérrez era como un vertido de fuel: lo contaminaba todo.

Aprovechando un impás, la sargento se ajustó por enésima vez el capirote y, después de recogerse la túnica, buscó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón.

Con él en la mano, como si estuviese a punto de cometer un crimen, comprobó a través del antifaz que nadie la estaba observando y escribió a hurtadillas un wasap:

Lucía: Claudia, levántate ya y ponte a estudiar.

Al cabo de un par de segundos, una ligera vibración la avisó de que habían respondido.

Claudia: Mamá, es domingo y estoy de vacaciones.  
¿Puedes dejarme vivir?

Lucía balbuceó malhumorada y escribió ya sin disimulos, a pesar de que los vecinos más próximos a ella reproban su actitud entre murmullos. Las normas del acto de penitencia eran claras y conocidas por todos: los hermanos estaban obligados a mantener recogimiento y absoluto silencio desde que salían de sus casas hasta que finalizaba el recorrido, por lo que mantener una conversación, aunque fuera a través de wasap, era entendido como una grave falta de respeto.

No obstante, a Lucía nunca le importó demasiado transgredir las normas, máxime cuando creía tener razón. Y no había nada más razonable para ella en aquel momento que intentar que su hija de trece años volviera a centrarse en los estudios y dejara a un lado a los chicos de diecisiete.

Lucía: Como vuelva a casa y no tengas abierto el libro de Historia, la vamos a tener.

Sin tiempo para enviar el mensaje, el diputado de tramo se acercó a ella y, con discreción, procuró corregir su actitud.

—Guarda de una vez el teléfono. Te está mirando todo el pueblo.

—Lo siento, era un asunto urgente.

—Si te veo una vez más con el móvil, te saco a patadas de la procesión, ¿entendido? —sentenció el responsable de vigilar el exacto cumplimiento del reglamento entre los hermanos.

Incómoda por recibir órdenes de otra persona, Lucía se recompuso y se obligó a mantener la sobriedad que exigían las circunstancias, por el bien del operativo que ella misma había diseñado.

La cofradía reemprendió su camino y dejó definitivamente atrás la iglesia. A pesar de ello, desde uno de los balcones de la plaza intentaron retener unos minutos más en el barrio el paso de Nuestro Padre Jesús de la Misericordia, arrojándole desde un tercer piso pétalos de rosa. Como gotas de lluvia perfumadas, se precipitaron sobre la talla de madera policromada y, más tarde, la fuerza de la gravedad los obligó a posarse definitivamente sobre la base del trono o canasto. Inertes y a la vez llenos de vida, parecían pájaros disecados que se habían parado a descansar. El aroma de las rosas se mezcló en el aire con el incienso que escupían los incensarios delante del paso de misterio, creando una atmósfera pesada que anestesió y paralizó a todos los asistentes, que deseaban que aquel segundo durase toda la vida y algo más.

Del mismo balcón del que partieron las flores apareció una figura sobrenatural, o al menos el reflejo del sol en la mantilla le otorgaba ese aspecto prodigioso.

Totalmente vestida de negro, como hiciera una plañidera que se anticipa una semana a la muerte de Cristo, se aproximó unos pasos más hasta la barandilla del balconcillo, elevó los brazos a las alturas y emprendió un grandilocuente lamento que pronto se transformó en saeta.

El capataz miró hacia arriba con preocupación. Lejos del sentir de los vecinos, temió estar perdiendo demasiado tiempo y que la Agrupación de Cofradías lo sancionara por incorporarse al recorrido oficial con retraso. Sin embargo, no le quedó más remedio que tocar el martillo y pedir a sus hombres que balancearan nuevamente el paso.

—Duro con ÉL, mi *arma*. Suave. Que parezca que está andando. Poquito a poco, hijo. Eso es. ¡Esta es la cuadrilla con

más cojones de toda España! —dijo el capataz, desgañitándose a través de la crestería y alabando el buen hacer de los costaleros, hasta que una tos aguda acabó abruptamente con su arenga repleta de rancia testosterona.

Los músicos, sospechando que estaban ante uno de aquellos momentos irrepitibles que ofrecía la Semana Santa, dejaron de tocar para que la protagonista absoluta de la mañana fuera la voz de la dama de mantilla.

En aquel momento, solo existían ella y la imagen congelada de Jesucristo, y todas las miradas se repartían entre aquellos dos iconos de la Pasión. O, al menos, casi todas. Desde el bolsillo del pantalón de Lucía, un incómodo temblor se expandió por su nalga derecha. Un tsunami muscular que se intensificaba cada segundo que perdía en adivinar de qué se trataba. Palpándose el cuerpo, por fin descubrió que era de nuevo su teléfono móvil. En aquella ocasión, estaba recibiendo una llamada. En principio solo vibraba, pero si tardaba más en cogerlo, todo el mundo podría escuchar su melodía predeterminada.

Lucía miró al suelo, concentrada en el asfalto, invocando a todas las fuerzas de la naturaleza para que, fuera quien fuese quien estaba llamando, colgara de inmediato y no la obligara a quebrantar nuevamente el voto de silencio. Desafortunadamente, sus oraciones no fueron escuchadas y desde su pantalón irrumpieron a todo volumen las primeras notas musicales de *Yo no soy esa*, de Mari Trini, algo así como un mantra para ella, un nirvana murciano con el que se empoderaba a cada tono de llamada.

Al instante, las miradas del pueblo se concentraron en explorar con celo la calle, para localizar al blasfemo responsable.

Lucía permaneció inmóvil, como si la ausencia de movimiento la convirtiera en invisible, mientras se maldecía una y otra vez por haber olvidado poner el teléfono en modo vibración. Afortunadamente, estaba cubierta por un antifaz y nadie podía reconocerla. Solo le quedaba esperar impaciente a que quien estuviese al otro lado de su *smartphone* desistiera,



algo que terminó por suceder antes de que ninguno de sus compañeros le pudiera llamar la atención. Pero el alivio no duró mucho. La sintonía de *Yo no soy esa* retornó con fuerza y Lucía tuvo un mal presentimiento: «¿Y si es algo grave? ¿Y si le ha ocurrido algo a Claudia? ¿Y si me necesita? ¿Y si...?». «.

Una larga cadena de posibles tragedias se instaló en el cerebro de Lucía, y se prometió atender la llamada si se consumaba por tercera vez.

Por fortuna, no necesitó atormentarse por más tiempo. El diputado de tramo la detectó como responsable y se dirigió hasta su posición con la voluntad de echarla definitivamente de la procesión.

Antes de que pudiera sermonearla, el teléfono resonó por tercera vez y sus alarmas neuronales terminaron por explotar. Ajena a sus vecinos, al diputado y a las normas de la estación de penitencia, Lucía cogió el teléfono, se quitó con ímpetu el antifaz que le estaba destrozando la frente y atendió la llamada.

—¿Claudia? —preguntó sobresaltada.

—¿Qué? No... ¿Cómo que Claudia? ¿No tiene mi nombre registrado en la agenda, mi sargento?

—Créeme, no tengo tiempo para gilipolces. ¿Quién coño eres?

El diputado de tramo, atónito ante el vocabulario empleado por la agente, se decidió a intervenir.

—Hermana, por favor, modera el lenguaje delante del Señor. Vete a casa y abandona de una vez tu estación de penitencia.

—¿Mi sargento? ¿Mi sargento? ¿Está ahí? Soy Víctor, es urgente...

La cabeza de Lucía Gutiérrez iba a estallar en cualquier momento. Deseaba con todas sus fuerzas arrojar el móvil contra el suelo y desaparecer.

Después de contar mentalmente hasta diez en busca de la paciencia que no tenía, respondió en primer lugar al diputado de tramo:

—No es lo que parece. Soy sargento de la Guardia Civil y esto forma parte de un operativo especial, ¿de acuerdo? —Con aquella lacónica explicación, dio por zanjado el conflicto y volvió a concentrarse en la llamada—. Más te vale que sea urgente de verdad, Víctor. Ahora mismo soy la persona más odiada de este pueblo.

—Acabamos de hallar un cuerpo en avanzado estado de descomposición, mi sargento. Parece un suicidio. Venga lo más rápido que pueda.

El mensaje del cabo Martín la perturbó momentáneamente, como si le hubieran disparado un dardo tranquilizante.

Aquella hipérbole emocional y exuberante que era Lucía Gutiérrez se desinfló en cuanto escuchó la palabra «suicidio». Tras varios intentos de pronunciar una palabra sin éxito, salió del paso como pudo.

—Voy en seguida.

—Espere, espere, que aún no le he dicho dónde está el cadáver. ¿Sargento? ¿Sargento?

Pero Lucía ya había colgado. Indolente, se desprendió del capirote —que abandonó en el suelo tan pronto como pudo— y se encendió un cigarrillo.

De soslayo, miró a un grupo de chiquillos que corría calle abajo con sus camisas nuevas de Domingo de Ramos. Disfrutaban de los primeros helados de la temporada, mientras exasperaban a sus padres al mancharse de chocolate y vainilla la ropa de *crislianá*.

Tras un par de catárticas caladas, la lúdica escena infantil reanimó a la fiera adormecida. Con desdén, Lucía aplastó la colilla, y cayó en la cuenta de que en apenas quince minutos de desfile procesional había conseguido vulnerar todas las normas de la hermandad. Sin duda era la peor penitente de la historia de la Semana Santa de Morón de la Frontera. Más calmada, volvió a coger el teléfono.

—Víctor, dime la dirección. Voy para allá.

\* \* \*

El zumbido de una mosca revoloteando tozudamente detrás de su oreja despertó a Silvano Montes, que en cuanto abrió los ojos supo que estaba metido en un problema muy grave. Para empezar, por alguna extraña razón, no tenía ropa. Ni pantalones ni camisa ni calzoncillos. Nada.

Su cuerpo desnudo estaba tumbado sobre la tierra y un escarabajo trepaba por su pierna con total impunidad. Aunque le hubiera gustado apartarlo de buena gana, se encontraba demasiado aturdido como para preocuparse de aquella nimiedad.

Hasta donde le alcanzaba la vista, solo veía olivos. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba ni de cómo había llegado hasta allí. De hecho, para ser honestos, tampoco recordaba ni quién era ni cómo se llamaba.

Cuando el escarabajo pellizó su rodilla, supo que había llegado el momento de levantarse. Torpe y desconcertado, se alzó sobre aquella tierra cobriza y echó un vistazo más detallado al bancal que lo rodeaba. No tardó mucho en descubrir que cerca de donde había estado tumbado reposaban un maletín negro y un teléfono móvil cubierto de polvo. Lleno de curiosidad, se acercó hasta ellos y los examinó más de cerca. El móvil todavía tenía algo de batería; sin embargo, era incapaz de acertar con el código de desbloqueo. Tuvo más suerte con el maletín, pues lo abrió sin ningún tipo de dificultad. Para mayor desconcierto, allí dentro no había nada.

Después de pensarlo un par de veces, concluyó que lo más adecuado sería abandonarlo y quedarse solo con el móvil.

Desnudo y desorientado, caminó entre los olivos en busca de alguien que lo pudiera auxiliar. Bajo un sol de justicia, deambuló durante más de media hora por los senderos que se abrían entre los árboles, sin una pizca de suerte. En kilómetros no se veía otra cosa que campiña y loma. Ni rastro de ningún ser humano.

En una de las ocasiones en que se fue a secar el sudor de la frente, su mano se topó con una brecha. La herida tenía un tamaño considerable. Un latido de dolor se desprendía de aquella contusión y emitía ondas de malestar por todo su

cuerpo. Fue cuestión de tiempo que el dócil empleado de banca cayera al suelo desmayado por segunda vez en las últimas veinticuatro horas.

\* \* \*

—¡Me cago en su puta madre! —gritó Lucía al comprobar que alguien le había pinchado las ruedas.

Por desgracia, no era algo inusual.

La alcaldesa de Morón llevaba razón al advertirle de que más de uno en el pueblo se alegraría de quitársela de encima. Con relativa frecuencia, los vecinos perpetraban aquel tipo de venganzas cada vez que la suboficial pagaba con ellos su descontento habitual. Neumáticos pinchados, cera caliente en la cerradura o rayajos con las llaves en la pintura de su coche patrulla eran la respuesta de todos aquellos que entendían que sus continuos comentarios sarcásticos estaban fuera de lugar o que sus castigos eran desproporcionados. Aunque, en la mayoría de las ocasiones, el razonamiento que seguían no era tan elevado y hacían lo que hacían porque no toleraban su carácter de mierda. Incluso Lucía llegaba a entender que reaccionasen así. De alguna manera, los ciudadanos de Morón y ella habían alcanzado un curioso pacto no escrito de acción-reacción en el que todos parecían sentirse cómodos. La sargento se consolaba diciéndose que aquellas eran las ventajas de la vida sencilla de provincias, donde hasta la antipatía se gestionaba con una naturalidad prodigiosa y hasta cierto punto conmovedora. Allí nada se hacía a cara de perro. El odio era consensuado.

Aunque en aquel momento el cuerpo le pidiera encontrar al culpable del pequeño acto de vandalismo —abriendo una investigación entre todos aquellos con los que se había propasado en las últimas semanas—, en su fuero interno sabía que tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—María, necesito que me recojas en el castillo de Morón en diez minutos —ordenó Lucía después de descolgar el teléfono.